

Lo que sea de cada quien

El Bautista de Javier Sicilia

Vicente Leñero



Javier Sicilia

En 1982, el periódico *Los Universitarios* de la UNAM, dirigido entonces por Margarita García Flores, decidió editar un número especial dedicado a las corrientes religiosas que habían irrumpido en México a contrapelo de las posturas eclesiásticas ancladas en ideas tradicionales, hartas conservadoras. Javier Sicilia y Graciela Carminatti —una argentina católica, aguerrida— eran los principales coordinadores del número.

Las colaboraciones reunidas durante la elaboración abundaban en textos sobre la teología de la liberación (Méndez Arceo, Enrique Dussel, Miguel Concha, Luis del Valle, Tomás Borge, Leonardo Boff...). Sin embargo Javier Sicilia, que no simpatizaba con los “liberacionistas”, había logrado incluir el pensamiento de Lanza de Vasto y de René Guénon para equilibrar un número tan provocador y tan parcial.

A propósito de la aparición reciente de *El evangelio de Lucas Gavilán*, Graciela Carminatti me solicitó para su publicación una entrevista sobre mi novela. La harían ella y Sicilia en una oficina de la UNAM.

Yo no conocía entonces a Sicilia ni siquiera de nombre. Llegó tarde a la cita, sofocado y con aire de jipi. Tenía veintiséis

años, una melena larga, alborotada, que a veces convertía en colita, y un temperamento irascible que me atemorizó de entrada. Porque a diferencia de la Carminatti, cuyas preguntas sobre mi texto eran comedidas y abiertas, Sicilia la emprendió conmigo sin pelos en la lengua. Le irritaba mi novela, por supuesto, e impugnaba su trasfondo inspirado en la teología de la liberación, como si yo fuera el ideólogo responsable de esa corriente. Aludía con fiereza a las fallas de los liberacionistas por dejar de lado la espiritualidad cristiana, y los vapuleaba: a mí y a ellos. Tan enojado se puso con mis respuestas titubeantes —yo no era un teólogo capaz de responderle— que suspendió las preguntas de repente. Se levantó de golpe y se largó de la oficina, trinando.

Graciela Carminatti fue prudente en la redacción de la entrevista. Hizo énfasis en mi diálogo con ella, incluyó unas cuantas de las impugnaciones de Sicilia, pero no consignó la revolcada que me puso.

El número aquel de *Los Universitarios* (205, diciembre de 1982) tuvo problemas con su aparición. Estuvo a punto de ser censurado por la Dirección de Difusión Cultural a causa de su carácter extremadamente religioso, pero circuló al fin: un tambache de sesenta y ocho páginas en papel revolución: fue realmente excepcional.

Poco volví a saber de Javier Sicilia hasta que en 1991 apareció *El bautista*, el mejor de sus libros a mi juicio. Estela se fascinó con la obra, también con el prólogo de Ignacio Solares, y quiso conocer personalmente al autor.

De ahí surgió, luego de una serie de reuniones, la conformación de un pequeño grupo de creyentes que nos reunimos con frecuencia desde hace veinte años: Alicia Molina y Paco Prieto, Myrna Ortega e Igna-

cio Solares, Javier Sicilia y su esposa Cocó (ahora Isolda Osorio) y Estela y yo. Nos convertimos en entrañables amigos prontos a conversar sobre las derivaciones de un único tema puesto sobre la mesa: Dios.

Desde los primeros encuentros, y por iniciativa de Estela, apodamos a Javier Sicilia nuestro “gurú”. Charlamos con largueza, discutimos, soltamos herejías y confrontamos puntos de vista con frecuencia tirantes.

Sicilia ya no fue entonces el joven iracundo de los años ochenta. Su amistad cercanísima con Iván Illich, su fecunda labor como poeta y novelista, sus artículos en pro de la justicia social —en concordancia con la teología de la liberación—, su empeño por fundar y sostener revistas ideológicas —*Ixtus* y *Conspiratio*—, su encarnizada fe que vive al cien por ciento y contagia y edifica, lo llevó —tras el asesinato de su hijo Juan— a volcarse en esa tarea profética y justiciera, doliente y cariñosa, que hoy ha sorprendido al país.

Cuando Estela y yo acudimos a abrazarlo en su caminata de Cuernavaca a México, mientras recibía baños de pueblo rumbo al Zócalo, me atrapó de repente, al paso, y conversé con él durante la marcha por Cinco de Mayo.

—Caminas como por la calzada de Emaús —le dije—. Ahora te has vuelto la imagen de tu Bautista.

—Quisiera volver a lo de antes —replicó—. Yo no estoy hecho para esto.

—Sí, es posible. Acuérdate de Juan Bautista. Él increpaba y bautizaba y movía multitudes hasta que apareció el Nazareno. Entonces el Bautista se hizo a un lado porque había concluido su turno. El Nazareno es esta gente, Javier, tu gente.

No me contestó. Seguramente yo estaba equivocado. ■